



CAPITULO XIV

MUERTE DE LA MADRE DE NERÓN

Agripina callaba como una muerta en las aguas, pues había notado bien, merced á su facultad enorme de observar y á su larga experiencia, que habiendo su dama y compañera, la infeliz Aceronia, invocado para salvarse, cuando la zozobra y anegamiento, el nombre de Agripina, sirvióle tan sólo esta invocación á perderse, muriendo como una res apaleada en acosadora montería. Especie de soldadón la hija de Germánico si necesitaba de sus fuerzas y de sus músculos valerse, tanto como dama si necesitaba de sus gracias y de su hermosura, sabía todos los ejercicios varoniles propios de su educación militar, como criada en los campamentos, y después de zambullir el cuerpo y chapuzar la cabeza, nadó con la movilidad y acierto de un pez, en requerimiento del suelo firme, donde hallaría el aire y el reposo necesarios á reponerse del efecto de la catástrofe y á concentrarse dentro de sí misma para saber los orígenes de ésta y averiguar sus consecuencias. Aunque muy de antiguo hecha por su mal á los fingimientos de Nerón, iba diciendo para sí, al mismo tiempo que iba nadando por el mar, cómo le convenía ocultar todas las sospechas sugeridas por cuanto había presenciado, y cómo, en poder y á merced del arbitrio de su hijo, imputar al hado la obra del crimen. Si no fuera por lo ancho de sus espaldas, por la fragua de sus pulmones, por lo fuerte de su cóncavo pecho que le permitía privarse largo

tiempo de respiración, allí muriera la emperatriz, perseguida, como en pesca de focas, por los remos y por los harpones asestados á su cuerpo por los tripulantes que Aniceto dirigía, quien apenas pudo consolarse de que hubieran muerto, así Galo como Aceronia, el compañero y la compañera de Agripina, salvándose al cabo ésta, principal objeto de todas aquellas asechanzas y de las consigüentes maniobras. Así, volvieron chuzos, palos, garfios, remos, armas, todos los instrumentos empleados en abrir el buque inútilmente, á golpear el verde lomo de las aguas, por donde andaba la emperatriz sumergida, y matarla como se mata un tiburón. ¡Pero buen pez Agripina para dejarse matar ni á tres tirones! Por muy clara que la noche fuese, y por muy esclarecidas é iluminadas que las costas estuvieran, y por muy fosforescentes que las aguas en aquel minuto aparecieran, y por muchas estelas que dejasen las quillas en el etéreo golfo de Parthenope; un punto, como la cabeza de Agripina, que salía del abismo y entraba en el abismo, á guisa de los pececillos voladores, no presentaba objetivo tal que le acertasen los golpes dirigidos por una turba de gentes en frenesí, á las cuales desconcertaba el horror mismo de su crimen. La vida humana de suyo no puede compararse á una comedia, toda risa, ni á una tragedia, toda llanto, sino más bien á un drama, donde alternan dolores y placeres, lágrimas y risotadas, bien y mal. Mientras los sicarios de Aniceto se desvivían por matar á la desastrada en su desastre, desvivíanse por salvarla las gentes que andaban de huelga en los barquichuelos y las que residían en aquellos parajes, sabedoras de lo sucedido y atribuyéndolo universalmente á verdadera fatalidad. Cuando le hubieran podido faltar las fuerzas, así por lo impetuoso del empuje como por los dolores producidos á cada esfuerzo en la paletilla magullada por los trancazos del remo traidor, las barcas lograron pescarla, y poniéndola en cobro y á salvo, la depositan los barqueros en las orillas, cubiertas de grupos que llevaban mil antorchas para esclarecer la operación del deseado salvamiento, y proferían alaridos conjurando todos los dioses de las alturas y de los abismos, del mar y del suelo, de la montaña y del río, de las florestas y de los lagos, á que conservaran su compañera en divinidad, aquella gloriosa emperatriz. Una litera que le habían aparejado allí, condújola con prontitud á la quinta de Baules,

sin que le arrancara un quejido el dolor material de su cuerpo maltrecho, ni una queja el dolor moral de su alma, penetradísima del origen y del carácter de tan espantoso crimen.

Aunque, á cada revuelta del camino, iba pensando en el astrólogo que le anunció la muerte á manos del amado hijo; en la escena de los embajadores orientales donde comenzaron su desfavor y su desgracia; en el error cometido al oponerse á los amores del joven coronado con Acté, quien jamás hubiese aspirado al trono; en el destierro que le infirieron al Palacio Antonia; en las calumnias que le armara su tía Domicia; en el desacato de Séneca y su compañero el prefecto de los pretorianos; en el motín armado dentro de sus propios salones por los jueces y fiscales tumultuarios que había expedido contra ella el emperador; en la insistencia con que Popea, muy ambiciosa del imperio y por todo extremo impaciente del anheladísimo logro, moviera el ánimo imperial contra la esposa Octavia y contra la madre Agripina; en el fingimiento puesto por el taimadísimo parricida al comenzar la conjuración terrible contra su existencia; en las caricias prodigadas con dichos embusteros y con acciones traidoras; en la deportación desde la capital á Bayas para mejor á su disposición tenerla y con mayor seguridad el golpe asestarle á mansalva; en las conversaciones del festín que le prometían un largo imperio y un profundo amor; en la reciente despedida besándola en los ojos y encargándole mucho cuidado por su salud y por su vida, necesarias, así al mundo romano como al amor filial; en los crímenes de Aniceto, que hicieron de aquel palacio flotante sobre las aguas un flotante suplicio; en el furor y crueldad con que cumplieron los esbirros y sicarios la consigna infame de rematarla; en los desplomes del dosel sobre su cuerpo que aplastara bajo su peso al pobre Galo; en los gritos dados para que se abriera el barco, resistente á la maniobra por falta de industria; en la muerte á palos infligida por los tripulantes á la pobre Acheronia, tomándola por ella; en el zambullido dentro de las aguas para salvarse por tan desesperado remedio; en el remazo con que le descoyuntaran un hombro; en el clamor de muerte despedido por la tripulación al verse sin su víctima; en todo lo sucedido y en todo lo recordado, que le persuadían á una creencia tan triste como que Nerón preparó aquel artificioso naufragio, creyendo que los mares

devorarían sin chistar el crimen, y que los vientos no repetirían lo que habían oído, y que las estrellas no darían testimonio de lo que habían visto; no desesperó todavía de su sino, decidiendo valerse para la defensa suya de todas sus astucias y disimulos hasta que pudiese partir en abierto combate y emplear todas sus fuerzas para por completo rehacerse y á su sabor vengarse. Caída en manos de Nerón, ya no le quedaba ningún otro remedio que disimular sus aprensiones, y ver si por el engaño y la mentira érale dado en aquella horrible celada, con tan perverso arte urdida, salvarse de algún modo y prolongar su existencia, su poder, su influjo hasta encontrar lo más satisfactorio, desquite y venganza.

— Enviad inmediatamente — dijo así que llegó á Baules — un recado al emperador, anunciándole que me he salvado del naufragio — dirigiéndose á sus libertos con la mayor serenidad, como si nada de grave hubiera sucedido en torno suyo.

— ¿Quién debe ir? — le preguntó una esclava.

— El fluente Agerino.

— Aquí está; dale todos aquellos encargos que te parezca, pues habrá de hacerlos, según su costumbre, con celeridad y exactitud.

— Agerino.

— Agripina.

— Dejados solos — dijo á las esclavas y esclavos ésta. — Fuera me creen aún emperatriz, y sólo saben el amor de Nerón á su madre, testificado por el festín de anoche, según lo que aclaman y vitorean mi nombre.

— Todo está lleno de gentes que preguntan á voces por tu salud y que dirigen votos al cielo y prometen á los dioses ofrendas por haberte salvado de tal peligro.

— Déjalos gritar. No los desengañes. Importa mucho no mirar la verdad en este mundo cara á cara. No le digas nada, ni de aquello que sepas, ni de aquello que adivines. Yo me lo callo todo á mí misma en este gravísimo trance. Lo que importa es decirle á Nerón cómo todo ha sido una desgracia, en la cual nadie tiene culpa; y cómo hemos naufragado so un cielo tranquilo y sobre una mar serena, como hubiéramos podido naufragar en tierra por empeños del acaso.

— Te pido un favor, Agripina.

— ¿Cuál favor?

— Que mandes á otro.

— ¡Cómo, Agerino! ¿Tienes miedo?

— Sí.

— ¿Lo confiesas en este momento, cuando sabes te hallas á mi lado para los trances arriesgadísimos?

— No tengo miedo á Nerón, Agripina; me tengo miedo á mí mismo.

— ¿Qué dices?

— Tengo miedo de no poder contenerme y saltar al cuello.....

— ¡Calla, cuitado, calla!

— Callo.

— Por todas partes hay aquí trampas. Los suelos están minados. No puede darse un paso sin que se nos enrede una celada en los pies. No sabemos si el techo, fabricado para guarecernos, se desplomará con estruendo sobre nuestras cabezas. Las paredes, no solamente oyen, se nos vienen á lo mejor encima. Obedece, por todos los dioses, obedece.

— Obedezco, Agripina, obedezco.

— No muestres ninguna zozobra. No aparentes desconfianza. No te traiciones á ti mismo revelando en el rostro lo en el corazón callado y oculto. Levántate al nivel de los ministerios que debes desempeñar y del encargo que debes cumplir. Tu continente, tu apostura, tu rostro inmóvil como el rostro de una estatua, tus ojos serenos con su mirar tranquilo, tu persona entera deben completamente mostrar cómo vas de parte del corazón de una madre amada en pos del corazón de un hijo amante.

— Si puedo contenerme, si dominarme puedo, te obedeceré, Agripina, de todo grado, y no venderé con una sola palabra y con un solo gesto cuanto llevo reconcentrado y oculto en lo más hondo del ánimo.

— Considera que la menor señal de duda respecto del César puede costarte la vida.

— No me importa ya la vida, no me importa. Si hemos de presenciar lo que ahora estamos presenciando, vale más morir y cerrar los ojos á esta luz que sólo esclarece infamias y crímenes horribles.

— No pienses tales cosas, porque trascenderán á tus ojos y te delatarán de mal pensado. Vas desde la quinta de Baules al palacio de Bayas, como pudieras ir de un cuarto á otro cuarto de familia en la mansión de los emperadores, cuando allí reinaba la concordia y todo era felicidad, en tiempos mucho más faustos y dichosos. Vas á decirle al César como su madre se ha salvado de un súbito mal, que pudo concluir por verdadera catástrofe, gracias primero al poder de los dioses, los cuales la bajaron dulcemente al agua, y gracias después al amor de los ciudadanos, los cuales la subieron con entusiasmo á las barquillas. Tranquilízalo con tu tranquilidad. Infúndele toda la paz que ahora ostento yo. Pero si por casualidad quisiera venir á verme, dile que no se moleste, que me deje conciliar el sueño y curarme tantas heridas como me adoloran, aunque leves, y traen á mal traer mi magullado cuerpo.

— Cumpliré, Agripina, tus instrucciones al pie de la letra, porque soy una máquina, y á las máquinas únicamente les toca obedecer al impulsor que las mueve y las impele. Pero si yo me perteneciese á mí mismo como los ciudadanos de Roma, y si á pesar de ser tu liberto, allá en el interior mío tuviese alguna libertad, no pasaría lo que pasará por tu mandato ahora, y no daría yo una prueba de resignación y de conformidad como la que ahora tu exiges de mí. La cadena forma parte de nuestros mismos huesos, y creo inútil cuanto hagamos para desasirla y separarla del cuerpo. Mandas, y tu liberto sirve. Pero cree que, al ver la cima del Vesubio, donde blandió su espada Espartaco, dan ganas á tu liberto de arrancarte por la fuerza y por el sacrificio á tu tirano.

— Calla. No digas tales cosas. Ahora solamente se trata de salvar la vida. Corre, y dile con la mayor serenidad, y como si quisieras verdaderamente tranquilizarlo, que no ha sucedido cosa ninguna, y añádele, como prevenido y rogado por mí, que no venga ni mande á nadie, pues necesito conciliar el sueño.

— Serás, como lo deseas, obedecida.

— Y se partió el infeliz liberto desde Baules á Bayas.

— ¡Oh destino adverso! — pensó Agripina en cuanto estuvo sola.

— El astrólogo tenía razón. Sus profecías oraculares hanse cumplido por completo. El hijo devora á su madre. Mientras yo viviese no podía él ejercer la plenitud absoluta del imperio, ni casarse á su

guisa sin olvido y mengua del derecho de Octavia. He sacrificado innumerables víctimas en aras de su fortuna, y me sacrifica él á mí en este momento. He prescindido de toda justicia, y la injusticia me mata. Parece verme á Claudio mirándome con aquellos ojos de buey pacífico que tenía y exigiéndome la razón de haberle quitado la vida, que amaba tanto, por darle al infame la diadema que ahora es argolla de mi garganta y causa de mi muerte. Las almas expeditas por mí al orco vienen como en tropel alrededor de mis sienes, que rozan á una con sus alas frías de buhos siniestros. ¡Cómo se ríen de mi suplicio! ¡Cuál expresión en sus ojos huecos! ¡Cuál sonrisa en sus bocas desdentadas y vacías! ¡Qué pasos dan esas sombras cuajadas en fríos esqueletos! No me atormentéis. Bien pronto habré de pasar á vuestra legión y caer al áverno en vuestra compañía, cediendo al conjuro de recuerdos semejantes á los que ahora os han evocado y traído á mi presencia con permiso de los dioses. ¡Qué huracan de cenizas levantará mi cuerpo en su terrible cremación! ¡Qué sombra extenderá mi memoria en los ojos de Nerón! Lo parí, lo lacté, tuve cuidado solícito de su niñez; lo salvé á las mil asechanzas del hado enemigo; lo conduje hasta las alturas donde hoy se halla, sola, yo sola, sin más impulso que mi amor de madre, sin más objeto que su felicidad; y hoy, ¡oh dioses nefastos!, me aniquila. Y cuando yo debí gozar del ascendiente que me daba mi hermosura sobre los hombres, holgarme con las prendas recibidas del cielo, amar en orgías continuas, ser una musa de placeres y fiestas, dediquéme como cualquier matemático á cálculos, como cualquier general á campañas, como cualquier estadista y político á empresas de varón, luchando con pueblo y Senado, todo por él, para que me lo pague ahora él con la horrible muerte que me aguarda, y á la cual, ¡oh indignidad!, tengo miedo. Yo te cuidé, y tú contra mí te conjuraste; yo te dirigí hacia el trono, y tú al abismo ¡ay! me impeles; yo te amé, y tú me odias; yo quise que hallaras en tu madre desde el imperio hasta el amor, y tú, infame, te has desasido de una madre tan buena, para el requerimiento y logro de cualquier satisfacción; yo te generé, y tú me hieres; yo te parí con dolor, y tú me matas sin escrúpulo: ¡maldito seas! Mas tengo miedo. Horroroso escalofrío recorre todo mi cuerpo. Apenas puedo respirar. La noche sube á mis ojos. ¡Cuál supersticiosa! No he tem-

blado ante nadie, y tiemblo ante aquella criatura que yo misma he criado y que nació siempre dócil instrumento de mi voluntad sometido á mi deseo. No me conozco á mí misma. Olvido quién soy. No acierto á explicar lo que pasa por mí. ¡Ah! No cree uno el desengaño ni aun después de haberlo gustado y haberle sabido tan acerbamente. ¿Si todo esto serán alucinaciones mías? ¿Engañaráme, por ventura, el pensamiento? ¿Seré víctima de alguna fiebre? Tengo frío, miedo, aprensión, rubor. ¡Ah de mis esclavos! ¡Ah de mis esclavas! Pronto, venid muy pronto.

— ¿Qué quieres, Agripina? — dijeron entrando todos en tropel.

— Que me curéis este hombro — dijo Agripina.

Y con efecto, la curaron cuidadosamente sus esclavas.

— Que me deis unas salutíferas unciones.

Y con efecto, le dieron fricciones y la llenaron de aceites olorosos, los cuales devolvían su frescura y su nitidez á la piel.

— Que me hagáis compañía.

Y se asentaron todas en torno suyo.

— Que selléis las estancias de la muerta con el fin de guardar cuantas disposiciones las leyes previenen y ordenan en estos casos.

Y pusieron los sellos.

— Que hablemos ahora del placer de vivir, de respirar, de sentir cómo el fuego de la sangre nuestra es sagrado, cómo sacratísimas las pulsaciones de nuestro corazón, cómo agradables los latidos de las sienes, cómo placentero sumergirse con todo nuestro cuerpo y todo nuestro espíritu en el Océano de todos los efluvios, en el éter universal.

Mientras pasaba todo esto por Agripina, paseábase Nerón á grandes pasos y muy de prisa por su cuarto. Un grande sacudimiento nervioso le recorría todo su cuerpo. Diríasele loco por completo. A lo mejor quería huir de allí por huir de sí mismo. Saltábanle de pronto á la vista los obstáculos opuestos á su felicidad por Agripina y entonces aprobaba todo lo que había maquinado. Recordaba luego todo lo que por él había padecido Agripina y le daban grandes tentaciones de llamarla con amor á voces y retenerla para siempre á su lado. Mas, en estos accesos y retrocesos de sus sentimientos, aparecíasele Popea con todas sus seducciones, y como no podía poseerla para siempre, cual deseaba, sino inmolando á su

madre, insistía en la resolución nefasta y daba el cuitado á solas voces de ordenanza imponiendo la muerte. Y en seguida, su fuerza de verdadera evocación, su fiebre que le encendía los ojos, su fantasía de suyo inquieta le pintaban muerta la madre que le diera con la vida el imperio, y volvía de nuevo á exaltarse con sentimientos filiales y lloraba como un huérfano que necesitase del abrigo del amparo de una madre. Pero si luego recordaba la usurpación del imperio, las veces que había obtenido triunfos como un general y apoteosis como un dios, su empeño en consultar al Senado en persona y de recibir en persona también á los embajadores, la guerra implacable dirigida contra la infeliz Acté que le procuró un tiempo felicidades sinnúmero, el protectorado sobre su competidor Británico y la imposición á su tálamo de la diosa Octavia, el imperio con que Popea exigía el sacrificio, retrogradaba en los anteriores afectos y volvía de nuevo á presentarse como tirano y verdugo de su madre, deseando saber que había muerto. Imaginaos cómo esperaría el cuitado á su verdugo y qué impresiones recibiría del relato de éste.

— ¿Ha muerto? — preguntó viendo que Aniceto entraba despa-
vorido.

— No ha muerto — contestó éste sin aliento.

— ¿Qué dices?

— La verdad, toda la verdad. Agripina está en salvo.

— Pues ¿y la máquina tan perfectamente ordenada?

— La máquina marró.

— ¿De veras?

— De veras.

— ¿Pues no estaba hecha como las máquinas del circo?

— Pues como las máquinas del circo.

— Y aquéllas, ¿no despedían al agua los cuerpos con la mayor
facilidad?

— Aquéllas sí, ésta no.

— Sus compañeros de viaje, que debían sobrevivir, han muerto,
y ella, que debía morir, ha sobrevivido.

— No me cuentes tal cosa.

— Te lo cuento con esta celeridad, para que ocurras al caso y
prevengas lo necesario.

— ¡Me has perdido!

— Confieso mi torpeza. Pero si te satisface castigar á tu sier-
vo, aquí lo tienes, castígalo sin piedad alguna.

— ¿Qué saco yo con castigarte á ti? Lo que quiero es la des-
aparición de ella.

— Pues manda lo que quieras, y veremos si en el cumplimiento
de este segundo mandato tengo mayor felicidad que al cumplir el
primero.

— ¡Me has perdido, Aniceto, me has perdido! Ahora creará
con razón todo el mundo que he querido matar á mi madre. El
ejército se sublevará, viendo así tratada la hija de sus dos predilec-
tos príncipes, de mis abuelo y abuela, del gran Germánico y de la
noble Agripina.

— No lo creas. Tiberio trató á tu abuelo tan duramente como
le plugo; ¿por qué no trataras á tu madre tan duramente como te
plazca?

— El Senado me tacharía de parricida.

— No hagas caso de patricios añejos que viven por tu miseri-
cordia.

— Y si queda con vida, se insurreccionará Popea, se alentarán
Octavia, se frotarán las manos todos mis enemigos, se multiplica-
rán las conjuraciones republicanas, se amotinará contra mí una
parte del pueblo, y quizá corramos el riesgo de que todo nuestro
ejército nos falte, y perdamos, Aniceto, corona y vida. ¡Instante bien
terrible y siniestro este que había de ser mi salvación y es mi rui-
na! ¡Nefasta noche que debía darnos el talismán de nuestra salud y
nos apresta el cuchillo de nuestra garganta! ¡Hora menguada para
mí la hora en que todo esto ha sucedido! Me vuelvo loco. Me dan
de suicidio tentaciones. Mis pies quieren llevarme por sí solos al
sitio donde se halla y todos mis instintos me impelen á matarla.
¡Debe morir, debe morir!

— Verdugos no te faltan: da con tu talón en el suelo, y surgirán
á cientos.

— Lo sé muy bien, lo sé de sobra. Yo no tendría empacho ni
escrúpulo en matarla. No le debo nada con haberme dado una vi-
da que á cada instante quiso quitarme; no le debo nada con haber-
me dado un trono que luego ha querido manchar en eterno des-